



DIVAGACIONES SOBRE LENGUAS, INTERPRETACIÓN E HISTORIA

DIGRESSIONS ON LANGUAGES, INTERPRETING AND HISTORY

JESÚS BAIGORRI JALÓN

Grupo Alfaqueque. Universidad de Salamanca. Calle Francisco de Vitoria, 6. 377008 Salamanca.

Dirección de correo electrónico: baigorri@usal.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7659-4640>

Recibido: 28/2/2020. Aceptado: 10/3/2020.

Cómo citar: Baigorri Jalón, Jesús, «Divagaciones sobre lenguas, interpretación e historia», *Hermēneus. Revista de Traducción e Interpretación*, 22 (2020): 1-10.

DOI: <https://doi.org/https://doi.org/10.24197/her.22.2020.1-10>

A Emilio Ortega Arjonilla, *in memoriam*

Interpretar –traducir en general– consiste en realizar una tarea, habitualmente compleja, que se viene practicando de manera espontánea desde tiempo inmemorial, a saber, decir en una lengua *casí* lo mismo que en otra (Eco, 2003). Es cierto que los entresijos de sus procesos –el cómo– y también de sus productos –el qué, para qué o para quién– se han ido diseccionando de manera cada vez más minuciosa, en buena medida a causa de la incorporación relativamente reciente de las profesiones de intérprete y traductor al complicado territorio de las disciplinas académicas, a menudo marcado por lo que Freud, refiriéndose a asuntos relativos a la psiquiatría, llamó «el narcisismo de las pequeñas diferencias» (1930: 474). Sin embargo, la línea divisoria entre la interpretación oral –o gestual– y la traducción no está clara a lo largo de la historia, ni siquiera en nuestros días, ya que hay quien practica ambas actividades y aun otras a la vez. Lo que está claro es que muchas de las traducciones escritas que se hicieron en el pasado trasladaron textos escritos entre dos idiomas a través de una enunciación verbal –traducción a la vista– realizada por un intérprete capaz de entender el texto de partida y de ir leyéndolo en el idioma de llegada para que alguien tomara nota escrita de sus palabras. Así hicieron los trujamanes judíos que

tradujeron obras del árabe al castellano vernáculo en la llamada Escuela de Toledo en la época de Alfonso X (Foz, 1998), donde fue precisa una amalgama de lo oral y de lo escrito para que tuviera lugar el paso de un idioma a otro o a otros.

Si ha existido y sigue existiendo la necesidad de la traducción y de la interpretación es porque existen (muchos) idiomas diferentes, que representan visiones del mundo distintas, y porque algunos de sus hablantes, carentes de un código común, necesitan comunicarse entre sí. Sin la traducción, en sentido lato, estaríamos reducidos a habitar rincones cercanos al silencio, como dijo, con palabras más o menos parecidas, el recientemente fallecido George Steiner (1999 [1997]: 107).

¿Estamos todos llamados a ser traductores, como parecen indicar Kadaré y Fernández Recatalà al comienzo de su libro *Les quatre interprètes*, cuando dicen *Nous sommes tous de traducteurs*? ¿O se trata quizá de que su mirada se posa sobre el mosaico balcánico, cuna de dragomanes (Rothman, 2015) y de intérpretes griegos, como el del relato de Arthur Conan Doyle (1893)? Ciertamente, todos traducimos la realidad que nos rodea, desde los balbuceos de nuestros hijos, que solo los padres somos capaces de interpretar, hasta lo que pide una mascota con señas inconfundibles cuando mira a su dueño, demostrando que Tarzán no era el único capaz de practicar la interpretación intersemiótica. ¿Quiere esto decir que todos podemos dedicarnos a la traducción y a la interpretación? Pues no, al menos no de una manera profesional, aunque la traducción se filtre por nuestros poros de manera insensible y la recibamos de forma inconsciente, lo que hace que vivamos traducidos. ¿Cuántos de quienes lean estas notas han leído *La Iliada* o *La Odisea* en griego clásico? ¿Cuántas personas de cierta edad escucharon a Kirk Douglas, también recientemente fallecido, hablando en el idioma que empleaba en sus películas? Seguramente fueron muchos más quienes leyeron las obras homéricas traducidas y escucharon al actor a través del doblaje, cuya versión aporta no solo una voz distinta sino también la traducción previa, por otra persona diferente, al idioma de llegada para que los receptores puedan entender los diálogos.

Confiamos en que las palabras de Kirk Douglas en el idioma que entendemos no traicionan el mensaje original, desmontando así la idea, expresada tradicionalmente en italiano –*traduttore, traditore*– de que el traductor es traidor, al poner en otro idioma y con otros vocablos lo que alguien dijo en la lengua supuestamente original, dando por hecho que existe equivalencia entre dos lenguas cualesquiera. Es decir, como si no supiéramos que los idiomas se manifiestan en actos de habla, a partir de la

diferencia planteada por Saussure entre *langue* y *parole*, o como si existiera alguna lengua que fuera realmente original, en el sentido de autosuficiente e incontaminada, después de miles de años de intercambio e hibridación verbales entre seres humanos con lenguajes articulados disímiles y que han desarrollado formas de vida diferentes, basadas, entre otras cosas, en distintas ecologías de los saberes (Santos, 2017). La idea de la fe en el traductor o el intérprete ha merecido un estudio monográfico reciente (Rizzi *et al.*, 2019), en el que se aplica una lente de aproximación a la cuestión de la confianza, no solo en la traducción sino también en la historia. Ese libro concluye subrayando cuánto queda por hacer, desde ángulos muy distintos, hasta poder conocer la compleja maraña de relaciones interpersonales e institucionales que se han ido tejiendo a lo largo de los siglos –desde que el ser humano habla de forma articulada y desde que escribe– en los miles de idiomas que todavía siguen existiendo en nuestro planeta, y aun entre los que ya no existen, y en las numerosas culturas a las que sirven de vehículos de expresión.

Los intérpretes a lo largo de la historia han desarrollado su labor, en primer lugar, porque conocían los idiomas entre los que les tocó trabajar. Describir cómo los aprendieron nos llevaría a una casuística amplísima en la que aflorarían bilingües o políglotas de muchos tipos: quienes los adquirieron de manera natural en entorno familiar privilegiado, por familia lingüísticamente mixta, por contacto más o menos prolongado con hablantes del otro idioma debido a circunstancias diversas, por emigración familiar, etc., y también quienes tuvieron que dedicar un esfuerzo intelectual considerable para llegar a dominar las lenguas. Hoy en día, el aprendizaje de idiomas también se produce de maneras muy distintas, para empezar mediante la educación reglada, que suele incluir algún idioma extranjero, algo que se aborda con mayor o menor motivación y aprovechamiento según los casos. Pero también se aprenden las lenguas de muchas otras formas, incluso autónomamente quienes disponen de oportunidades y estímulos adecuados, gracias al acceso a una enorme variedad de fuentes recreativas y de aprendizaje, generalmente asociadas con artefactos dotados de transmisores y receptores de señales audiovisuales, que nunca son neutrales. ¿Acaso alguien puede desconocer la capacidad de control –y, por tanto, de censura– que ejercen las fuentes procedentes de esa tela de araña mundial que es *internet* cuando identifican dónde estamos y sobre todo adónde queremos ir, mediante el empleo de *cookies* y otras balizas, esa especie de espejitos o cuentas de cristal de otras épocas con las cuales nos engañan a los usuarios?

Para quien se inclina hacia la traducción o la interpretación adquirir los idiomas se orienta a facilitar funcionalmente la comunicación, aunque el bilingüe no sea necesariamente el mejor intérprete, porque suele carecer de la capacidad de distinguir la frontera entre los dos idiomas (Steiner, 1998 [1975]: 124-125). Esa función mediadora nada tiene que ver con la agresividad que mostraban los habitantes de la imaginaria Isla Políglota, citada por Manguel y Guadalupi a partir del *Liber monstrorum de diversis generibus*, anónimo de los siglos VIII o IX:

POLÍGLOTA. Isla del mar Rojo donde vive una versátil raza de individuos llamados políglotas. Esta gente, que habla todos los idiomas del mundo, deja tan estupefactos a los extranjeros que por casualidad llegan allí, que les resulta fácil capturarlos aprovechándose de su sorpresa. Luego se los comen crudos (Manguel y Guadalupi, 1992: 364).

Est gens aliqua conmixtae naturae in rubri maris insula quam linguas omnium nationum loqui posse testantur, et ideo homines de longineo venientes eorum cognitos nominando adtonitus faciunt, ut decipiant et crudos devorent (*Liber monstrorum de diversis generibus*, editado por Moriz Haupt, 1863).

Aquella isla, habitada por individuos «mixtos», es decir, híbridos, que el autor anónimo medieval incluye en el catálogo de los «monstruos», sería morada de seres de una políglotía innata y ecuménica, como si por arte de magia hubieran conservado, después de Babel, la capacidad de hablar todos los idiomas que surgieron tras la confusión de lenguas provocada, según el mito bíblico, por la arrogancia humana de querer construir una torre que llegara hasta Dios. Sería como si las lenguas de fuego con que el Espíritu Santo insufló el don de lenguas a sencillos galileos para predicar por el mundo se hubieran posado en aquella isla solo para el disfrute de sus habitantes y no para divulgar evangelio alguno sino para devorar a cualquier intruso, quién sabe si so pretexto de que no comprendían o no querían comprender la lengua de quienes a ella se acercaban. El milagro de Pentecostés habría que interpretarlo hoy quizá como el acto de distribución por una multinacional con dotes casi divinas de un paquete de artilugios de traducción automática, que a base de combinaciones cada vez más complejas serviría para eliminar las barreras de la comunicación. ¿Acaso no se podría ver en aquella isla un precedente medieval, monstruoso según el autor anónimo, de la inteligencia artificial de nuestros días, que acabaría

devorando a los pobres intérpretes y traductores o a los ingenuos aspirantes a serlo?

Los habitantes de la Isla Políglota representan la universalidad del conocimiento de las lenguas posbabélicas, como si cada uno de ellos fuera un Arca de Noé de todos los idiomas hablados en la Tierra. Que, en vez de considerarlo una bendición, devoren a quienes hablan solo uno entre todos los que ellos conocen es lo que resulta paradójico. *Paradox* es, por cierto, el nombre de un estrafalario personaje barojiano, que relata el afán de un vendedor de inventos utópicos, adelantándose –como sucedió con algunas de las aventuras de Julio Verne en viajes submarinos, alrededor del mundo o a la Luna– a acontecimientos que fueron sucediendo, al menos de forma aproximada, tiempo después. En esa línea habría que entender el tubo que el personaje de Baroja denominaba traduscopio, una especie de precursor de los Google Translate o Deep-L, etc., de nuestros días:

Si se habla por un lado del tubo en inglés, por el otro extremo del tubo salen palabras en castellano. Lo mismo sucede si se mira, porque el traduscopio lo traduce todo; la cuestión no está más que en la graduación de los tornillos. (Baroja, 1973 [1901]: 83)

No podemos ni siquiera imaginar lo que dará de sí la inteligencia artificial como sustituta de los cerebros humanos a la hora de interpretar los idiomas, pero es un hecho que la complejidad creciente de los algoritmos está llevando, en lo que se refiere a la traducción automática, por derroteros imprevisibles hace solo una generación. Si la computación llega a hacerse a escala cuántica, como ya se está experimentando, no cabe duda de que habrá ciertas funciones traductoras otrora exclusivamente humanas que realizarán máquinas.

Champollion descubrió, gracias a la piedra de Rosetta, la manera de descifrar la escritura jeroglífica egipcia. Pues bien, el astrofísico Rovelli toma los agujeros negros –ese símil que a veces empleamos para describir la presencia intuida pero no explícita de intérpretes a lo largo de la historia– como otra piedra de Rosetta, un descubrimiento clave para descifrar el misterio del transcurso del tiempo:

Il calore dei buchi neri è una Stele di Rosetta, scritta a cavallo di tre lingue – Quanti, Gravità e Termodinamica –, che attende di essere decifrata, per dirci cosa sia davvero lo scorrere del tempo. [El calor de los agujeros negros es una piedra de Rosetta, escrita entre tres idiomas –los de los quanta, la gravedad y la

termodinámica– que está pendiente de ser descifrada para decimos en qué consiste realmente el transcurso del tiempo. Traducción propia] (Rovelli, 2018: 69).

En los años veinte del siglo pasado, ante la molesta demora que suponía esperar a la interpretación consecutiva de los discursos en instituciones y conferencias multilingües, surgieron iniciativas que trataron de superar el escollo del tiempo mediante el uso de la interpretación simultánea. Los primeros experimentos tuvieron lugar en la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra y en la Internacional Comunista en Moscú, curiosamente casi al mismo tiempo que nacía el cine sonoro. El proceso de Núremberg confirmaría la viabilidad del sistema técnico gracias a las artes, a veces casi espontáneas, de los y las intérpretes que trabajaron en aquel tribunal militar internacional. La inclusión en este caso del artículo femenino es una marca de considerable peso semántico, porque las mujeres habían estado prácticamente ausentes de los servicios de interpretación en los organismos internacionales del período de entreguerras y, por tanto, su presencia en las endebles cabinas del Tribunal de Núremberg constituyó una novedad que preluvió un proceso creciente de incorporación de la mujer a la profesión de intérprete.

Ya se ha dicho que ser intérprete requiere como condición imprescindible conocer los idiomas entre los que se va a interpretar, pero también exige dominar las destrezas que permiten transferir de un idioma a otro, unas habilidades, la misteriosa quintaesencia de los alquimistas, que las más de las veces se adquirieron a lo largo de la historia a partir de un ejercicio del oficio que comenzaría espontáneamente y que se consolidaría mediante la práctica. No existen dos actos de habla idénticos, lo mismo que no nos bañamos nunca en las mismas aguas, en el sentido propuesto por Heráclito, que apunta a que todo fluye, y por tanto tampoco hay dos situaciones de interpretación iguales. Se trata de circunstancias únicas e irrepetibles a las que el intérprete se ha de ir adaptando: ¿acaso no es ese uno de los elementos de la modernidad líquida a la que alude Zygmunt Bauman en uno de sus libros? Dicha adaptación exige una labor continuada de exploración y aprendizaje de territorios lingüísticos que varían según los temas de los que se trate en el acto de interpretar, partiendo de la premisa de que el volumen que se conoce de uno o más idiomas no se mantiene nunca estable, sino que aumenta si lo cultivamos y disminuye si dejamos de escucharlo, leerlo o practicarlo, de modo que el oficio requiere, como tantos otros, una constante actualización. Además de la conservación o

perfeccionamiento de los idiomas, el intérprete –y el traductor– deberá adaptarse a los entornos en los que trabaja, tanto desde el punto de vista de los protocolos de la profesión –con todos los requisitos del código deontológico que ello entraña– como desde la perspectiva de la evolución técnica. San Jerónimo, de cuya muerte se cumplen mil seiscientos años en 2020, no traduciría hoy la Vulgata como lo pudo hacer a finales del siglo IV de nuestra era. Tal vez siguiera optando por el *sensum de sensu* frente al *verbum e verbo* en su traslación de la *hebraica veritas*. Pero el león y la calavera que acompañan al santo patrón de la traducción en su iconografía típica serían hoy el ordenador y las herramientas informáticas de traducción, y a él se le representaría dictando a un sistema de reconocimiento de voz que iría transcribiendo sus palabras a una pantalla, en vez de pertrechado con el cálamo y el pergamino.

CODA: EL ENTRAMADO DE ESPACIOS Y TIEMPOS

Visité Macao en 1994, cuando todavía era territorio bajo soberanía portuguesa, con motivo de una escapada a Hong Kong asociada con el viaje en misión de intérprete a una conferencia de las Naciones Unidas sobre desastres naturales en Yokohama, Japón. Uno de mis recuerdos profesionales de aquel viaje es que allí me tocó interpretar en simultánea remota una intervención de Al Gore desde Washington, una experiencia que resultó más grata de lo que auguraba mi desazón por trabajar sin el orador *in situ*, gracias sin duda a disponer de unas instalaciones técnicas excepcionales, que demostraban que allí ya había llegado el futuro. Traigo a colación este hecho porque encuentro en unas viejas notas de aquel año las siguientes líneas referidas a Macao:

Cerca del fuerte, bajando por una de las murallas laterales se llega a la fachada de una iglesia también jesuítica del XVII. Sólo queda la fachada, porque el resto de la fábrica se cayó con algún terremoto, y ello le da un aspecto irreal, como de bloque simbólico de una religión muy combativa entonces en Oriente. Al mismo tiempo, me hace pensar en la aventura de la construcción, el proyecto, los arquitectos, los canteros, todo ello trasladado a la otra punta del mundo, para mayor gloria de dios. (...) y me vienen a la memoria Klaus Kinski y Werner Herzog y la película *Fitzcarraldo* (1982), que relata el proyecto de erigir un teatro de la ópera en medio de la selva peruana.

Más de dos decenios después, leyendo el libro del jesuita Michael Cooper (1974), escrito mucho antes de que yo visitara Macao, caí en la cuenta de que João Rodrigues, objeto de la biografía de Cooper, fue enterrado en 1633 en aquella iglesia de la que solo se conserva esa fachada fantasmal, después de haber sido marino, sacerdote, guerrero, intérprete, diplomático y erudito lingüista en los territorios del Lejano Oriente, autor del *Arte de la lengua japonesa*, que dominó con soltura en su larga estancia en Japón. La presencia portuguesa en Oriente derivaba de la división del mundo plasmada en el Tratado de Tordesillas (1494), según el cual y según otros documentos posteriores el orbe, tal como se conocía entonces, quedaba dividido entre España y Portugal a lo largo de un meridiano que no resolvía la controversia sobre las codiciadas Molucas. Imaginar la peripecia de João Rodrigues, nacido en 1561 en el pueblecito de Sernancelhe, no lejos de la frontera española por la zona de Ciudad Rodrigo, tras su viaje siendo un muchacho – llegó a Japón en 1577–, me permite subrayar la imbricación de los tres espacios de la mundialización (Retaillé, 2012), presente ya en aquella era de los descubrimientos y de los crecientes imperios coloniales ibéricos. Allí se manifestaron hace varios siglos los espacios de la guerra –entre España y Portugal por las especias de las ya mencionadas Molucas–, del orden –el que trataban de mantener las dos potencias ibéricas cada uno a un lado de la línea imaginaria del hemisferio que dividía la Tierra, al tiempo que el Japón surgido con la dinastía Tokugawa se blindaba ante la llegada de los europeos–, y de la negociación –donde la aventura de la evangelización cabalgaba a lomos del lucrativo negocio del clavo, la canela y otras especias–.

En todos aquellos territorios y en otros muchos, con y sin canela, fue necesaria la interpretación, como lo sigue siendo todavía hoy, lo que demuestra la permanencia del multilingüismo y de la demanda de comunicación a lo largo de siglos, aunque hayan cambiado las potencias geopolíticas, las personas encargadas de la mediación lingüística, las lenguas francas, los entornos de los intercambios y las condiciones técnicas de lo que hoy llamaríamos la interfaz de las relaciones interpersonales multilingües. Quizá quepa ver en ello una señal incuestionable del inmenso patrimonio mundial aún restante de idiomas y culturas, de cuyo tesoro no alcanzamos a percibir, en el mejor de los casos, sino un eco insignificante que reverbera en la superficie de un iceberg colosal en el que la sordera se hace más insondable cada vez que se deja de hablar una lengua.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Baroja, Pío (1973 [1901]), *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*, Madrid, Editorial Caro Raggio.
- Bauman, Zygmunt (2017 [2003]), *Modernidad líquida*, trad. de Mirta Rosenberg y Jaime Squirru, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- Cooper, Michael (1974), *Rodrigues, the Interpreter. An Early Jesuit in Japan and China*, Nueva York, Weatherhill.
- Doyle, Arthur Conan (1893), «The Greek Interpreter», en <https://sherlock-holm.es/stories/pdf/a4/1-sided/gree.pdf> (fecha de consulta: 17/2/2020).
- Eco, Umberto (2003), *Dire quasi la stessa cosa. Esperienze di traduzione*, Milán, Bompiani.
- Foz, Clara (1998), *Le traducteur, l'Église et le Roi*, Ottawa / Arras: Les Presses de l'Université d'Ottawa / Artois Presses Université.
- Foz, Clara (2000), *La traducción en España en los siglos XII y XIII*, no figura el traductor, Barcelona, Gedisa
- Freud, Sigmund (1930), *Das Unbehagen in der Kultur*, Gesammelte Werke, 14, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag.
- Haupt, Moriz (1863), *Liber monstrorum de diversis generibus*, Index lectionum quae auspiciis Regis Augustissimi Guilelmi Secundi in Universitate Litteraria Friderica Guilelma per semestre aestivum ... habebuntur, Berlín, Universidad Friedrich Wilhelms de Berlín.
- Kadaré, Ismail y Denis Fernández Recatalà (2003), *Les quatre interprètes*, París, Stock.
- Manguel, Alberto y Gianni Guadalupi (1992 [1980]), *Guía de lugares imaginarios*, trad. Ana María Becció, rev. para la edición española de Javier Martín Lalanda y Javier Setó, Madrid: Alianza Editorial.

- Retaillé, Denis (2012), *Les Lieux de la mondialisation*, París, Le Cavalier Bleu. DOI: <https://doi.org/10.3917/lcb.retai.2012.01>.
- Rizzi, Andrea, Birgit Lang y Anthony Pym (2019), *What is Translation History? A Trust-Based Approach*, Cham (Suiza), Palgrave / Springer Nature. DOI: <https://doi.org/10.1007/978-3-030-20099-2>.
- Rothman, E. Natalie (2015), «Dragomans», *Routledge Encyclopedia of Interpreting Studies*, ed. F. Pöchhacker, Londres y Nueva York, Routledge, pp. 119-124.
- Rovelli, Carlo (2018), *Sette brevi lezioni di fisica*, Milán, Adelphi.
- Santos, Boaventura de Sousa (2017), *Justicia entre saberes. Epistemologías del Sur contra el epistemicidio*, trad. Roc Filella, Madrid, Morata.
- Steiner, George (1998 [1975]), *After Babel. Aspects of Language and Translation*, Oxford, Oxford University Press.
- Steiner, George (1999 [1997]), *Errata. An Examined Life*, New Haven, CT, Yale University Press.